

ciente, he aquí un extracto de un reportaje del reciente Festival de jazz 1959 de Monterrey (¡el primer festival en que fue invitado Earl Hines! mientras que apollillados pianistas progresistas han adormecido al público de Newport), reportaje publicado en «Down Beat» del 12 de noviembre de 1959): «Earl Hines tocó de forma soberbia y asombró a los jóvenes músicos que actuaban en el mismo festival, haciendo exclamar, entre otros, al contrabajista Alley, estas palabras: Amigo, la mitad del tiempo, no llegué a seguir todo lo que hacía este «cat».

Y siempre la misma historia. Dondequiera que actúa, Hines conquista al auditorio —pero no se le proporciona nunca la oportunidad de hacerse oír del gran público—. En casi 10 años, sólo ha grabado en los Estados Unidos tres microsuros. En el mismo periodo, no ha tenido ni un solo contrato en Nueva York hasta el pasado diciembre en el Embers. A este respecto, lean estas líneas de Stanley Dance (uno de los pocos críticos que han hecho todo lo que han podido para que Earl Hines fuera más conocido), publicadas en «Jazz Journal» del pasado febrero:

«Dándose el caso de que Hines había estado tanto tiempo ausente de Nueva York nos imaginábamos que las compañías de discos iban por fin a decidirse a grabar copiosamente a Earl Hines. En efecto, tocó en el Embers durante un mes y no efectuó ni una sola grabación. ¡Parece ser que, la mayoría de las compañías editoras consideran a los músicos de más de treinta años sin interés comercial alguno!. Afortunadamente, uno de los directores de la marca M. G. M. acudió al Embers a indicación de Joe Glaser, fué conquistado e hizo firmar a Earl un contrato para grabar tres álbums por año».

En las líneas precedentes, habían destacado estas palabras: «a los músicos de más de treinta años sin interés comercial alguno». Esta es la opinión de la mayoría de nuestros contemporáneos: al músico ya no se le juzga por su música sino por su edad. La crítica actual ignora que ciertos músicos son eternamente jóvenes y otros envejecen prematuramente. Comentad la belleza del último disco de Louis Armstrong y habrá quien responda: ¿No cree Vd. que ya va siendo

hora de relegar al buen Satchmo a la a la galería de antepasados?

La verdad es que Earl Hines es más joven y más «moderno» que todos estos «jóvenes» progresistas envejecidos antes de tiempo. No soy ciertamente el único en haberlo constatado. Leed estas interesantes declaraciones de un músico inglés. Dave Lee («In my opinion», en «Jazz Journal», agosto de 1959): «Creo que habréis comprendido donde Earl Hines es un verdadero músico moderno. ¡Hay tanto jazz llamado «moderno» que no es moderno del todo! Es tan sólo una especie de «Toquemos todos como Charlie Parker o Dizzy Gillespie». Pero en Earl Hines, no. Este toca el verdadero piano moderno, pero él, no intenta ni quiere tocar con el estilo de Parker o de Gillespie. He ahí la verdad. Y hay una inmensa diferen-

cia entre hacer jazz moderno y tocar la música de Charlie Parker.

No he hablado en este artículo de las características del estilo de este gran pianista, pues lo he hecho con mucha frecuencia.

Celebremos la noticia de que M.G.M. va a grabar interpretaciones de este artista (acabo de enterarme de que las primeras sesiones han tenido ya lugar). Esperemos que éste sea el principio del verdadero éxito para este maravilloso pianista. Yo pido a todos los que me leen contribuyan a este éxito esforzándose en hacer conocer mejor y apreciar a Earl Hines a su alrededor. Que este verdadero gigante del jazz tenga la alegría de ser admirado en vida en vez de ser reconocido demasiado tarde, como tantos otros.

Trad. P. G.

Saber escuchar

Por Jorge Vall Escriu

La música es un arte que, para gozarlo plenamente, es preciso prestarle una atención inhabitual. Cuando se escucha música, no basta con escucharla, es preciso saber la forma de poder escucharla con la atención que merece, y además, es preciso también estar lo bastante tranquilo para no distraerse con problemas que puedan eclipsar o mezclarse con lo que se escucha.

Creo que fué Beethoven quien dijo que los aplausos después de una interpretación musical era lo más estúpido que podía existir, era como un sacrilegio a la música, un desafío a la armonía, al sonido y al arte compenetrados, y en verdad que no encuentro razones para contradecir tan acertadas secuencias. En el jazz puede ocurrir lo mismo, no porque necesariamente tenga que ser así, pero es sencillamente ridículo ver a una gran cantidad de personas que mueven los pies y las manos, aplauden y silban, sólo por el hecho de que lo han visto en el cine, o se lo han dicho en alguna ocasión. Admito que en una atmósfera muy adecuada y en momentos en que el jazz pueda

llegar a un punto muy elevado de ejecución, los oyentes puedan manifestar su entusiasmo con aplausos, exclamaciones, salidas con espontaneidad y nobleza, pero nunca por el hecho de escuchar una orquesta o determinado grupo en una sala de conciertos.

Todas estas personas que rayan lo gamberrismo en sus extremos, que van provistas de «instrumentos» de hacer ruido en las salas de audiciones de jazz, deberían no acudir, pues es absurdo que vayan a un lugar en donde se debe escuchar, con el propósito de que les escuchen a ellos.

Esas masas de golfos de la sociedad ensucian todas las manifestaciones artísticas en general, y en el jazz, ya sea por sus antecedentes de ser una música frenética, le hacen un buen daño. Todo ello, naturalmente, por no saber escuchar, y es una lástima, porque si aprendieran, tengo la completa seguridad de que les gustaría de verdad, y entonces se olvidarían de todas esas tonterías de hacer ruido, silbar y otras cosas, que nada tienen que ver con la música de jazz.